

Jorge Anagnostópulos

*El viaje
de los días*



EDITORIAL DUNKEN



Jorge Anagnostópulos, autor greco-argentino, nació un 12 de abril de 1952 en Berisso, ciudad en la cual reside.

Jorge Tasios Luli, el griego bibliotecario de la biblioteca Pestalozzi, le otorgó en su adolescencia el premio a mejor lector de su ciudad natal, traducido en dinero para libros.

Es egresado del Liceo Víctor Mercante y de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de La Plata.

Trabajó como Supervisor de Obra en el Teatro Argentino de Las Artes y del Espectáculo de la mencionada ciudad.

Actualmente desempeña la profesión en el Ministerio de Infraestructura de la Provincia de Buenos Aires.

Cartas griegas, su primer libro (2009), fue declarado de interés municipal por la secretaría de gobierno de la ciudad de Berisso 1195/10 y obtuvo faja de Honor de la S.E.P (Sociedad de Escritores de la Provincia de Bs. As.) a la producción literaria bianual 2009-2010.

El texto *Lo inevitable* del citado libro, fue seleccionado para participar en la exposición Trilogía de la Privacidad, en la ciudad de Barcelona, España (2010) y en la ciudad de Catania, Italia (2012).

PARA LA DIRECCION DE CULTURA
LAS MARIPOSAS AMARILLAS,
LAS DEL AMOR...

JORGE JACINTOPULOS

INVIERNO DE 2013

Jorge Anagnostópulos

*El viaje
de los días*

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2012

Anagnostópulos, Jorge
El viaje de los días.
1a ed. - Buenos Aires: Dunken, 2012.
80 p. 16x23 cm.

ISBN 978-987-02-5821-6

1. Relatos. 2. Narrativa. I. Título
CDD 863

Diseño de tapa: Jorge Anagnostópulos
Georgina Galli
Diseño interior: Jorge Anagnostópulos
Foto de autor: Jorge Manuel

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina
© 2012 Jorge Anagnostópulos
e-mail: janagnostopulos@hotmail.com
ISBN 978-987-02-5821-6

*La serena amistad
Alma gemela de otra alma*

*Graciela Carrizo
Fabiana Giacomini*

Gracias

Palabras preliminares

El Viaje de los días nace de *Cartas griegas*, mi primer libro, como quien anhela el aroma del primer amor, de ese algo omitido que no fue entregado.

En estas páginas he puesto la nostalgia de mis muertos, los invisibles seres presentes. Están en los relatos concedidos por sorprendentes cosmografías; las mismas que vieran nacer la estirpe de los argonautas, que es la propia. Enamorados de la vida exploraban los secretos del corazón, la más antigua agonía y oráculo de la respuesta única.

Surgen, al azar de la memoria, dos amantes efímeros que la noche reúne en una isla famosa; el hombre, insomne, que frente a las amplias puertas del cielo contempla como el león de mármol, el sol nocturno. Y las almas que emprenden el regreso.

Todos somos Odiseo, el hijo dilecto imaginado por Homero regresando a Ítaca, el íntimo hogar.

Trazar un libro proporciona alegría. Es revelar una emoción profunda transformada en pensamiento; hallar, finalmente, la palabra intermediaria que la traduce. La palabra es la gota que inaugura el rugido del mar. Nace el libro.

Venero el presente inviolable. Comparto el sabor del café y los versos de Emerson: "Un eterno ahora es la forma de la naturaleza, que pone en mis rosales las mismas rosas que deleitaron al caldeo en sus jardines colgantes."

No ignoro que un marco inmaterial e infinito me abarca. En las coordenadas que la ciencia no alcanza a comprender, en el perfecto teclado, Dios sonríe y continúa creando su privado y magnífico universo.

Jorge Anagnostópulos

Dedicatoria

La visión del cuadro de Van Gogh, *El dormitorio* –un alojamiento modesto, con pocos objetos: una cama, un perchero, dos sillas, una mesa pequeña, enfatizan la abrumadora soledad del cuarto por el amigo que no está– despertó en mí la nostalgia de tu prolongado tiempo ausente, padre. Te busqué en la memoria de los vivos y en el perdurable palpitar detrás de las fotografías, que no emanan el tono de tu voz, apagada y olvidada, sino el contorno de tus ojos, el cabello negro, la sonrisa generosa, la belleza de tu raza. Te veo perpetuado como un semidiós entre admirables mujeres y numerosa familia.

Evoco en el antiguo presente la mirada del niño a quien, sentado en el umbral junto a su madre, ella le pregunta si te añoro. El dedo en la mínima mano señala el cielo y responde: no lo extraño. Está en esa estrella. Él me ve y me cuida.

La mujer, atribulada, lloró.

La niñez es inocente y genuina. Los recuerdos, recuerdos son.

Yo digo: estás en mí y en la anónima estrella, inexistente antes de tu partida, le daré tu nombre, Ioanis.

Habito la casa que supiste construir; acaricio muebles y paredes, admiro la madera que la herramienta y los años moldearon. Este conjuro me trae del pasado el eco de tu voz, que vuelve viva a nuestro hogar.

Sobre el huerto devenido casi en bosque, nubes blancas difunden reminiscencias de hortalizas y de oblicuas cañas entrelazadas de tomates enamorados. Rojo desmayado al sol del mediodía.

Puertas y ventanas, abiertas a la brisa del río cercano dispersan aromas de albahaca, menta y romero, sembrados al frescor de la cisterna que ya no está.

Transcurridos cincuenta años, el menor de tus hijos, te regresa de las sombras para consagrarte estas páginas.

Es probable que aquel niño te haya dicho te amo. El hombre de hoy lo reitera: padre, estás aquí, te canto y te celebro.

A Ioanis Anagnostópulos
Mi padre

Sol sin ocaso

Despoula Arfanis

Las letras de tu nombre

Cada día, somnoliento, la veía refrescar su rostro, peinar los ondulados cabellos hacia atrás y sujetarlos con la redecilla de finos hilos romboidales. Luego, ponía la pava con agua sobre la hornalla encendida y comenzaba a barrer el patio ajedrezado hasta la vereda, límite del huerto. Dedicaba el tiempo necesario al desayuno y disponía la comida con esmero.

Cuando estaba muy alegre, casi siempre, o levemente nostálgica, silbaba una dulce melodía o entonaba una antigua canción *kléftika*¹, que refería historias de pastores, ovejas, primaveras y de frescas fuentes.

Los domingos, despejado el rostro como todos los días, incorporaba a su rutina el ritual heredado: vertía aceite de oliva en un recipiente, improvisaba con algodón estrujado *tó kandili*, lo encendía y lo ubicaba sobre la mesa junto a una vasija con agua y flores de estación.

El niño, asombrado y sin comprender, observaba la ceremonia destinada a sus ancestros del otro lado del océano.

Igualmente sorprendido, descubría en el patriarcal dormitorio, *tó ikónisma*²: iconos, ramas de olivos y un frasco de agua bendecida en la misa dominical. Un género rígido resguardaba raíces, tierra y vestigios de montañas. El hijo acariciaba lo que ayer fue un pañuelo aromado de hierbas.

—¡Dejá eso, por favor, no lo toques!, exclamó la madre. Con el rotundo No que sólo los griegos podemos comprender.

Melancólicamente, expresó: cuando dejé el pueblo, antes de emigrar, tomé un puñado de Grecia y lo envolví en el pañuelo. Mi patria viajó conmigo. Por favor, guardalo.

Lo resguardé tan bien que, cuando fui a buscarlo para que lo llevara en su regreso, no lo encontré. Y cerré mis ojos al llanto.

En el presente, el adulto explora en sí mismo sus propios rituales. La recuerda y admira con devoción.

* * *

Cada veintiuno de septiembre, aquella mujer, sumaba al acto cotidiano de vivir el agradecimiento del primer verano.

La práctica requería, luego de refrescar su rostro, buscar la serenidad del jardín, demorándose en él hasta descubrir la flor de la primavera; podían ser azahares de naranjos o limoneros, una rosa o madre selvas.

Las ingresaba al hogar como una manera de anunciar la llegada de la estación vital. Era feliz.

Más aún si un pájaro desorientado en su vuelo entraba a la casa. Es de buen augurio, decía.

Su máxima alegría: flores, candelas encendidas, pájaros en el hogar. La casa blanqueada, pan en la alacena.

De ella heredé el culto de los que me precedieron hace siglos. Me gusta continuarlo.

Hoy, veintiuno de septiembre, junté glicinas y las distribuí en el vaso de vidrio adquirido en México, ignorando cuál sería su destino.

Los ritos suman y multiplican.

Es domingo. Vierto aceite de oliva en el recipiente. Improviso una candela con algodón estrujado. La enciendo y la ubico sobre la mesa junto a la vasija con agua y flores de estación.

La candela encendida se enfrenta a su autodestrucción. Ilumina, se extingue.

¹ *Kléftika*: canciones de creación épica.

² *Ikónisma*: santuario en el hogar. Su interior preserva una lámpara de aceite (*Kandili*).

La mariposa amarilla

Entré a la casa por la puerta que da al jardín.

Una música griega, cuyo nombre *í stigmí mú pernái ké jánete* –mi momento pasa y se pierde– refiere que de modo inevitable nuestro tiempo se detiene. La melodía misteriosa y honda evoca la lira del poeta tracio, la que apaciguaba a los habitantes del reino de las sombras.

Me dirigí al lugar de los objetos amados. Abracé aquellos que había elegido. Encendí un cirio y salí al huerto, bajo lívidas nubes y hojas teñidas de otoño.

¿Quién me lleva hacia el follaje?, el espacio limitado al cual destiné la urna clara y austera y, entre sus cenizas, la carta en la que expresaba el amor que mi madre nunca ignoró.

Bajo el ciprés, abrí en la tierra la cavidad que la luz del poniente tocaría.

El árbol demoraba su sombra y el pájaro callaba su canto.

Preservé con tierra desgranada de tréboles rojizos el definitivo sitio; sembré el bulbo de lirio invocando a Iris, la diosa de los siete colores del arco, para que escolte el alma al mundo de los muertos, invisible a los mortales ojos.

Dos menhires de granito custodian el anhelado sepulcro.

Con paz en el corazón cumplí el ritual de la vida. El jardín realzó su encanto donde se igualan en inmortalidad, el ciervo y el hombre, contenidos en el imaginario ciprés.³

Me retiré lentamente del lugar, mientras observaba oscilar, leve en el aire, la hoja de ginkgo como una mariposa amarilla.

Era Psiqué, el alma humana, transmutada sobre los menhires en gotas de luz. Se cumplía el conjuro del principio.

Despoula Arfanis

se fue al Hades, el rico en suspiros y lágrimas.

“Sin temor y sin miedo alguno
porque allí verá a sus compatriotas
y hablará por siempre en griego”.⁴

El iniciado, ignoraba que todo sucedía según la predicción de Delfos, cuando su madre, nacida en Oriente y griega, interpretaba los augurios del oráculo, mientras la llama ardía en el *adyton*⁵ del secreto santuario y la mariposa se posaba como una gota de luz en el *ómphalos*.⁶

Por un instante, el neófito de los Misterios, fue Plutarco.

³ *Ciprés*: Cipariso era un joven tan bello que Apolo se enamoró de él. Pasaba todo su tiempo acompañado de un ciervo que no lo abandonaba jamás. Un día le dio muerte inadvertidamente. Apolo, para aliviar su dolor y hacer su llanto inmortal, lo convirtió en ciprés. Esto explica la resina que exuda el árbol en ciertos períodos: son las lágrimas perfumadas de Cipariso.

⁴ Del poema *Épitafo*, Constantino Cavafis.

⁵ *Adyton*: “Lugar en el que no se puede entrar”.

⁶ *Ómphalos*: en griego, “ombligo”. La piedra cónica que marca el centro del mundo.

Un sueño

Heredé del augur prodigioso
el tesoro que cura todo dolor.
Un sueño blanco. Sin rostros.
Y tu voz.

Tu voz persiste en mí
como un escudo protector.
Me preserva del disipado amor
y de la lluvia ácida del mundo.

“La palma abierta de la mano
te convierte en mendigo.
Dirígela hacia tu corazón.
Sólo ahí está el amor”.

Desperté conmovido.
Perdura en la casa tu esencia.
En el huerto
perfumes de azahares.

El canto del benteveo
y el trémulo jazmín.

Las amapolas de Stavros

Pasé el día en la deshabitada isla de Delos, cerrada al visitante a la hora del ángelus.

En la estéril Ortigia de aquel tiempo, se refugió Leto para alumbrar a Apolo y a Artemisa, evitando la ira de Hera

Los jonios que enfrentaron a los persas sacralizaron la roca venerando al sol. El mismo que continúa hiriendo de lejos, vulnereado por el olvido.

Asciendo la rampa falofórica, donde el solitario león de mármol, mira como la primera vez, desde hace tres mil años, el sol sin ocaso.

Una columna y un león y la flor de jacinto quedaron de aquella tragedia; y ningún actor.

Hay malva entre las rocas y amapolas. Sereno el Egeo.

El círculo de oro, arquetipo del mediodía, suspendido en el hueco del universo.

Y yo, vivo de toda vida.

Aspiro el aroma de la menta, aprecio el azul del mar, me conmueve el intenso color de las flores, como las que florecían extendidas frente a la carpintería, donde el maestro Stavros Mijalakakis oficiaba de carpintero y, apasionado, refería la historia de

Odiseo, mientras el rulo de la viruta planeaba en el aire aromado de resina.

En la franja de tierra lateral a la vereda del taller, amapolas rojas, cuyas semillas traía Stavros de la patria lejana, ofrecían su belleza a mi adolescente mirada.

La solitaria columna jónica y el adusto león de mármol y el jacinto que enamoró a Apolo, configuran la escenografía que el Gran Mago desplegó hoy para mí.

En la isla en la que se impedía el nacimiento o la muerte, eterno y feliz, te recuerdo.

Mensajero de la niebla

“Cuando ese Poder te quita aquello que tenías aferrado, simplemente está abriendo tus manos para recibir algo mejor.

La voluntad de Dios no te llevará donde Su gracia no te proteja”.

Esta mañana recibí el mensaje a través del oráculo electrónico.

Entré al bar del encuentro, el de la esquina gris. Pedí agua mineral. Mientras te esperaba para leer los relatos, pensé que nos habíamos descubierto tardíamente; de lo contrario otro hubiese sido mi destino.

Sentí que inaugurábamos un espacio para celebrarnos.

Una vez más comprobé tu extrema generosidad al enviar un emisario, mensajero del adiós.

Llegó con los ojos umbrosos de interrogantes para decirme que morías.

El diálogo acontecía amigable; la magia desplegaba su encanto, al percibir que estabas aquí. Imaginábamos tu voz y tu emoción al invocarte en la anécdota de Nikos Kazantzakis cuando se preguntó: “¿Si ocurriera una catástrofe, qué salvaría de las innumerables obras de arte del Museo Británico?

Llega a la inesperada conclusión de que no salvaría *aftó pu éprepe* –lo que debía, los frisos griegos del Partenón– sino una

leona asiria que tiene tres flechas clavadas en su cuerpo; salvaría sí, esa leona herida de muerte, con ojos llenos de dolor humano, *tin aderfi mu*, mi hermana”.

La anécdota compilada en *La Luz Cicládica*, tu libro, fue nuestra última empatía, dije, pensando que te hubiese gustado este vocablo cuya etimología abarca, además, a la leona agonizante.

Hablamos de los hombres que viven para ser consumidos por el fuego del amor, es decir del *ágape*⁷, tan intenso que transforma. Y nos despedimos.

El mensajero de la niebla se marchó con la mirada despejada y en sus ojos la respuesta: aquí y ahora, en el momento de la vida. Amar esta vida, este corazón. Ser amigo de lo magnánimo que allí habita. La oportunidad única de ser amantes de este aliento.

Supe que sobrevenía el beso de la partida; el abrazo anterior al beso; el instante de eternidad donde los corazones se unen en el sopro final.

El que ama y el que desea ser amado –maestro y discípulo– se congregaron en la palabra alada, el idioma del espíritu.

“La voluntad de Dios no te llevará donde Su gracia no te proteja”. Anunció el oráculo electrónico esta mañana en el tiempo de tu *Nostos*.⁸

Comprendí que el fin ulterior del amor es elevarnos al Conocimiento de lo divino.

Lo dijo Diotima de Mantinea, la sibila que inspiraba a Sócrates.

⁷ *Ágape*: en griego, es el Amor. El amor ofrenda. El placer de estar juntos.

⁸ *Nostos*: nostalgia del regreso a la raíz.

Éxodo

Si has de entrar en la bruma
de las Sombras,
lleva contigo las *Cartas*.
En ellas hallarás el signo
y un talismán en cada palabra.
Dirígete al oasis.
Sólo hay uno.
Calma allí la sed.
Donde la solitaria columna jónica
anhela ser acanto y rosas.
Examina en la brújula el Norte.
Suelta tu pasado, como el pasado ya te soltó.
Invierte la clepsidra e inicia el viaje.
Verás las huellas que precedieron
tus huellas y no temerás.
Recuerda, has sembrado la semilla.
La flor que nace y muere, crecerá.
Porque su destino no es dudar.
Reposa tumbado sobre el mundo.
Duerme y, dormido,
sueña con la vida.

Logos

La muerte en la cruz. El león ruga en el estanque de los nenúfares rojos que maravillaron al emperador. Allá están los huesos y el corazón atravesado por la flecha.

* * *

Llegará el día en que verás mi rostro proyectado en los muros del mundo. Pedirás por mí y serás libre.

Transité extensos territorios. Cada amanecer me entregó momentos de infinitos resplandores.

Los pájaros cantan en las populosas ciudades; el hombre, alienado, corre detrás de la mente que tiende redes.

Pagué con mi cuerpo los cuerpos poseídos; con los labios concedí mil besos agotados; y, mientras me entregaba al placer, vi muchedumbres persiguiendo soledades. Mendigos implorando a mendigos en una larga hilera de suplicantes.

El poder de la palabra, que disipa oscuridades, se manifestó en mí.

¿Cómo expresar el amor a quien nunca amó?

¿Cómo mostrar la paz a quien nunca sintió paz?

Las multitudes se reunían para escuchar el mensaje. Comencé a hablar. La voz, clara y poderosa, despertaba el murmullo de los corazones. Muchos eran llamados y pocos los elegidos. Los que podían oír oían. Aquellos que no podían caminar danzaban en libertad la danza de la vida. Los ciegos inauguraban la visión y los muertos resucitaban. Nacían los evangelios y la sonrisa interior que aparta al invierno del rostro.

No será largo el tiempo de mi ausencia. Estoy en vos como vos estás en mí, aunque la duda intente negarme.

La ilusión

Aquello que parece real y no lo es.
Abdico los sueños, los días y las noches. Imaginación del hombre,
la ilusión mayor.
Sólo el amor del corazón trasciende la irrealidad de este mundo.

* * *

Subo la montaña del calvario. Cae el manto a mis pies. La cruz es pesada y de madera. Elevan el madero al borde del estanque. El león ruge herido por la flecha. Soy el tercero a la izquierda. No el del medio. El paraíso y el infierno yacen a mi lado. Siento el hierro de los clavos ultrajando la carne. La corona de espinas clavada en la cabeza. Mojan mis labios con sabor amargo. Ya no imploro. Estoy gimiendo.

Muero en abril, cuando florecen las violetas.

La vuelta a los monasterios

El mensaje

En la playa de cantos rodados, el *lekytos*⁹, decorado con animales mitológicos, traía el mensaje que perduró en el tiempo, en el espacio y en la voluntad de Dios, para ser hallado aquella mañana.

Me dirigí a la posada buscando la frescura de la habitación y comencé a leer:

*"El verdadero viaje de la vida comienza
el día que nos disponemos a calmar la sed.
No necesita destino, porque es bello en sí mismo.
Este viaje se emprende cada día.
Entonces comprenderás que estar vivo es un privilegio.
Se nos ha dado una brújula: la sed de plenitud.
La búsqueda de la plenitud
es la más noble de todas las búsquedas.
Quienes lo hayan comprendido,
tendrán la valentía de emprender el viaje".*

Quien ahí lo había dispuesto conjeturó que, el hallador, ejecutaría la ceremonia del huerto. Instante en el cual, la palabra del espíritu, despertaría su apasionado corazón.

⁹ *Lekytos*: ánfora de cerámica.

El sabor de Píndaro

Emprendí el viaje de regreso al país del azul único y plural.

A la hora del pleno crepúsculo, caminaba hechizado por la isla más alta del Egeo, donde siempre brilló el discernimiento.

Tenía el cabello largo y entrecano; los ojos sin tiempo. Igual a aquel monje, que conocí cuando buscaba lo que nunca había perdido: la novedad del hoy.

Encontré las cerámicas, semejantes al profético *lekytos*. Algunas tenían la superficie levemente rasgada. Aún así, el legado en su interior se advertía como recién escrito.

Al fulgor de la hoguera apenas encendida, descifré el epigrama: Si toda la potestad de la naturaleza te da una experiencia, imagina la misma naturaleza revelada en tu interior.

Un sentimiento dulce iluminó mi ser: plenitud.

Continué leyendo y sentí por un instante el sabor de Píndaro a quien, siendo niño, las abejas rozaban sus labios con miel, mientras dormía en la eterna juventud. No fueron sueños.

Soy agua. Gota. Océano

Revive en mí el sentimiento de finitud. Todo es pasajero y final. Este *pneuma*¹⁰ es la bendición constante de mis días en los territorios, donde generaciones humanas intentaron retraer la mirada exterior.

En el papel, hallado en los estantes de la biblioteca monacal, dibujo las líneas que la razón sugiere:

Soy agua, por lo tanto el mismo océano,
la extensísima humanidad azul profundo.
Soy ola. Retrocedo, avanzo.
Busco mi origen.
Soy nuevamente ola, etérea forma.
¿En qué espuma ultramar
me disgrego?
Soy gota sobre el grano de arena.
La secreta luz del átomo.
La Nada.

Coloqué el epígrafe dentro del ánfora y la arrojé al azar deseando que el amor se expandiera.

Algo en mí sabe que no se puede comprender el vértigo del infinito. Algo en mí sabe qué increíble ha de ser el sentimiento del

corazón por la excelencia. En el medio de una guerra encarnizada, sigue buscando lo único que puede reconocer: la pasión.

No será la paloma portadora de noticias, sino la extensísima humanidad azul profundo, allí donde te encuentres.

¹⁰ *Pneuma*: "Espíritu". Aliento, aire.

Llovizna sobre el rojo

A pesar de la lluvia anunciada, viajo hacia Kalambaka.

La ciudad de ondulados tejados resguarda una iglesia paleocristiana de setecientos años: la Asunción de la Virgen.

Ingreso en el espacio consagrado, vulnerando el silencio.

Su interior revela la dedicación del devoto. La lámpara encendida, la corona entrelazada de oro y ramas de olivos nunca marchitas, son actos de fe rendidos ante la perfecta cruz.

Solitario en la penumbra, veo mi sombra temblorosa acrecentada en las paredes. Ante la imagen de la Virgen, pronuncio espontáneamente dos palabras: perdón y gracias. Y regreso a la claridad del día.

Así, como entre dos luces, voy al encuentro del mítico río que desembocaba en el mar de Tesalia. El versátil diseño del que sabe transformó la escenografía. Favorable al espíritu de los hombres, que procuraban entender el enigma de la propia existencia.

Recluidos en las Meteoras, los eremitas oraban ignorando que ya eran la memoria de Dios.

El monasterio de la Transfiguración oculta una iglesia bizantina con las reliquias de Atanasio, el monje desterrado del monte Athos.

Los frescos policromados refieren las persecuciones y los martirios expiados por los cristianos. Delatan la crueldad turca y la furia albanesa, que expulsaban a los muertos del cementerio.

Semejante al asceta en retiro, invoco tu presencia sintiendo a tu corazón uno con el mío y me atrevo a expresar, como aquel otro griego: "Nada deseo, nada temo, soy libre".¹¹

¹¹ Epitafio de Nikos Kazantzakis.

Megalo Metéoro

Amanece en el fantástico paraje. Creado por vestigios de estuarios hoy ausentes, el río caudaloso inundaba la geografía hasta alcanzar sus alturas. La persistente gota, labró las actuales formas del bosque pétreo y aquel otro de verdes enramadas, el bosque rumoroso.

La arquitectura elevada ofrece la visión de numerosas aves. La grajilla y la corneja cenicienta y en el cielo interior, los mirlos blancos de Cyllene.¹²

El vuelo del córvido recuerda en el presente las cenizas del monasterio de San Demetrio, donde el sultán de Ioánina cortara en cuatro pedazos el cuerpo del padre Efthimios Vlavavas, denominado *perrósofo* por los turcos. Bárbaros paganos de un pueblo descastado, cuyo único Dios es el río de aguas rojas.

Sucedió en tiempos de San Dionisio.

Regresé al *Megalo Metéoro*. El gran monasterio de la Metamorfosis conserva la pared de colores disipados con el pasaje bíblico de Jesús. El hombre de la Epifanía, se tornaba en blanco resplandor. Los apóstoles estaban allí como declarantes de una heredad. Deseé, fervorosamente, pertenecer al espacio perpetuado en la roca. Y sentí que "el respirar, excede las palabras".¹³

Aquí estoy. Sólo de toda soledad. De toda piedad y de toda inclemencia, absuelto. En estos *kastros*¹⁴, testigos de primitivas luchas. La memoria del arma que da muerte y el hálito que la impide.

Yo que fui aire, fuego, y agua, seré el cuarto y último elemento, cuando Aliento ejecute la sentencia y libere el simulacro secreto de Dios.

¹² *Cyllene*: monte en la península del Peloponeso. Los mirlos blancos, las aves que no cantan.

¹³ Rodolfo Modern.

¹⁴ *Kastro*: Castillo. Fortaleza.

Inscripción

Esta mañana, me ausenté del monasterio presagiando que la montaña debía tener en clave su legado. Sin rumbo preciso, crucé los senderos. Percibí perfumes intensos, un continuo zumbido de abejas libando en flores cuyos nombres desconozco y el agua distante cayendo del peñasco.

Horadada en la roca hallé la ermita del *hieromónajos*¹⁵ conocedor de la respuesta.

Estantes de madera rústica sostenían calaveras. Una puerta de rejas con candado protegía el acceso. Sigilosa, la llave de la que somos herederos, espera.

Entre la osamenta amarronada vi el madero con la inscripción. "A quien está mirando le digo: ahí donde tú estás estuve yo, y aquello que miras es lo que serás".

Me pregunté si aquel estante sería mi irrevocable sitio o la volátil ceniza o arcilla en la arcilla de mi ciudad.

Regresé sobre mis pasos. En el trayecto, el glauco mar me sorprendió en mi cielo, donde la mente se expande y el corazón late, feliz.

¹⁵ *Hieromónajos* o *hieromonje*: monje consagrado. Es también sacerdote.

El legítimo huésped

Escribo eludiendo el tiempo de la inmensa noche.

Soy una de las imágenes bizantinas, donde el Nazareno posa su mano en la frente del apóstol, Judas Iscariote, quien ejerció la traición y acaso el amor.

El ángel suicida cedió su remordimiento al árbol. A sus pies pintadas las treinta piezas, el soborno del beso.

Otra imagen muestra a Cristo en la cruz coronado de espinas. Tres gotas de sangre en la frente y cuatro clavos en el cuerpo.

Veo un ser humano que gime en su agonía.

La muerte en el madero inició la historia.

¿Qué puedo decir yo? Junto a la cisterna, una gata amamanta sus crías. El silencio pesa como una plegaria. La voz humana ascendiendo en la oración, es una dicha inesperada.

El sitio de las rocas cedidas por el firmamento a la tierra, me retuvo aquí varios días. Acaricio el rosario que fragmenta el tiempo. Las cuentas de pétalos de rosas, menos sutil que el soplo de la vida, son mi compañía. Precio la sucesión de los segundos inaugurados. Privilegio del viaje de los días.

Pude soltarme de la mano del mundo y entrar en mi propio templo, donde se hospeda el legítimo huésped, lo permanente.

Si al mirarte amo la divinidad que habita en vos, sin saber quién eres, peregrino de la vida, y tu recíproco mirar ama la divinidad que habita en mí como un Narciso enamorado, desecharíamos las múltiples máscaras permaneciendo desnudos, vos y yo, seres humanos, felices en la faz de la tierra.

Un cielo accesible

La arquitectura del monasterio evidencia distintas etapas constructivas y en ellas la unión de dinastías.

Prefiero el sector donde me albergo cuya cubierta es de pizarra. La galería que lo precede permanece cerrada con vidrios circulares de colores primarios, sellados con metal a la manera de originales vitrales.

Entre ellos y la luz del sol existe una implícita alianza.

Juntos inventan imágenes proyectadas en las piedras, entrelazando las desiguales formas cambiantes.

Los enormes círculos esmaltados logran que uno se detenga ante ellos. La imaginación vuela hacia el eterno retorno, la forma que niega el principio y el fin de todas las cosas, afirmaban los pitagóricos, mientras pensaban en un mar eterno y se preguntaban si el mundo era únicamente el aparente círculo.

El de los anillos de los desposados, símbolo de protección; o los tholos, los templos funerarios, que apartan y protegen las tumbas reales o el rueda que reprodujeran con piedras y ramas encendidas en la noche, los primitivos hombres de la tierra.

Somos la bella forma del dodecaedro asignada al universo y, en el vital espacio, el portal del Conocimiento, un cielo accesible denominado paz.

Las líneas vislumbradas al alba, inspiraron las del crepúsculo, cuando la luna enamorada de la tierra, ejerce su hipnótico poder.

Éxodo 3:14

La primera noche del mundo.
La tierra era roja y negra.
Oro la luna.
El hombre aún no era humano.
Sino errante muchedumbre
librado a su ventura.
Descubrió la cota de las rocas.
Las herramientas, el fuego
y las estrellas.
Instante de la incógnita.
¿Quién soy? Se preguntó.
En la caverna toca la piedra
buscando la respuesta.
Al fuego soberano
pide de los dioses el poder.
En los albores del siglo
veintiuno, quien sueña,
ensaya una magia menor,
escribir el poema.
Tiene la certeza de ser amigo del tiempo
y de ejercer una magia mayor.
El Conocimiento de los Conocimientos.
Ser uno con Dios.

Siente en su interior
el primer nombre:
"Yo Soy El Que Soy".

Un cielo blanco

Abren las puertas secretas de La Virgen de las Tempestades.

Luces y sombras sobre la piedra pulida por *hieromonjes*, cuyas sandalias de cuero estrujado yacen en el atrio del icono del ángel.

Testimonian lo sé, cuerpos arrojados al vacío con los pies descalzos.

Y era invierno.

No excluían edades. Tenían entre dieciocho y noventa años.

Las cifras últimas están grabadas en el epitafio de mármol, donde las rocas fueron tumbas.

Acuso a los bárbaros que izaban la bandera de la medialuna. La sangrienta luna.

Los arrojaban desnudos al abismo, colmados del aliento que genera vida.

Tenían dieciocho, aún menos, y noventa años.

Entraron juntos en un cielo blanco.

Y era invierno, cuando el rosal no ofrece el perfume de sus rosas.

Los que aman

El silencio

Y este insomnio de los labios.

Como un árbol que poco a poco fue resignando sus hojas hasta quedarse en la soledad, es lo que siento.

No soy permanentemente yo, sino alguien invadido en la memoria.

La visión de las sandalias que yacen en el atrio.

Las sombras de los jóvenes y ancianos arrojados al abismo.

Las ruinas del anfiteatro de la argiva Esparta.

La cabeza de mármol de mirada vacía abatida sobre la hierba.

Y en el calor del verano el fugitivo lagarto.

Desolaron el sueño y pueblan mi despertar con llanto.

La soledad se instala en mí como el punto sobre la i.

Amanece de color rosado. La claridad que llega como un ángel, es propicia al ánimo.

Persisto en desarmar palabras, mirando como se deslizan una tras otras, repetidas, sin respuesta.

Escribo con intangible escritura en la amistad de nuestro idioma que da una vida nueva, génesis de pensamientos. Y voy diciendo, yo no escribo cosas sino el significado de las cosas.

El significado de este testimonio traduce la esencia más mística de la existencia: amor.

He vuelto a naufragar en el reino de la noche y de súbito camino por calles de esta ciudad cosmopolita, transitando irrealmente tus huellas. Te conjuro con un fervor tan intenso que me dirijo a vos sin distancia logrando una sensación de paz.

Como ese viento eterno que sencillamente prosigue viniendo. Como el ir y venir de este ritmo, heraldo de vida.

No goza el hombre que recuerda, se introduce dentro de sí, se interroga, sufre, teme.

Amantes efímeros

En la famosa isla sobrevuela entre dioses y mortales el amante, el que se siente atraído y el que atrae lanzando flechas de amor.

La noche iluminada los encontró bajo la pérgola poblada de hojas de vid y canastos encendidos de amarillo; dos amantes extranjeros unidos por el néctar espumante y el sabor de las almejas –que degustaban con valvas improvisadas como utensilios– laureados de jazmines se deseaban.

Beben la alegría, eternizando el mito de Eros y Psiqué, cuando una completa plenitud limita el instante.

Brindaban por la sencillez de la vida, ese asombro.

Advertían la música entrañable de los isleños que, vestidos de negro, danzaban estimulados por la resina, su vino.

Un rocío perfumado de azahares invitaba al sueño.

El prolongado silencio y la desnudez del alba que turba la moral, los sorprendió en la liberadora isla; los pelícanos errantes y el definitivo adiós, aquel amanecer de agosto.

Recuerdo, era domingo.

Los dioses dormían.

El viento que sopla dentro de ti

Nací en otoño, en el mes de abril.

Bienaventuranza. Como en los cuentos de hadas. El privilegio de un año más. Escribió Clide detrás de la pintura obsequiada, donde la línea verde esboza la hoja del filodendro, el amigo del árbol.

“La paz necesita imitarlos. Para que lo esencial perdure, lo que no es esencial debe irse. Ya volverá, requiere confianza”.¹⁶ Dijo el visionario nacido en la India, durante la celebración del ágape.

Los esclavos esparcían sahumeros sobre los huéspedes y soltaban palomas blancas, cuyas alas saturadas con esencias, liberaban al volar fragancias sobre todos los que estábamos ahí.

Bebimos mirrina con sabor a miel, flores de esencia dulce y vino rojo.

Nos dirigimos hacia la orilla, ebrios y felices, perdidos en la locura divina.

El viento marino destruye, limpia, libera. Las ráfagas pueden ser tan intensas que la naturaleza queda exhausta, como exhaustos han quedado monte abajo los olivos.

Un desafío total a la fuerza de la vida y el entusiasmo de saber, desde el comienzo, que ella siempre triunfa.

Desde el valle de Pleistos contemplábamos la tarde que declina.

La voz se dejó oír:

Hay el viento que sopla fuera y el viento que sopla dentro de ti mismo.

“Estar agradecido, no por el atardecer, sino por la respiración que te permite apreciar el atardecer.

Porque recuerda, habrá muchos, muchos atardeceres aún, después que te hayas ido. Muchos.

Y tú no los verás”.¹⁶

¹⁶Prem Rawat.

El río del olvido

A Chaira Galina

–Estoy perdiendo la memoria.

–La memoria no se pierde, se vuelve lenta.

En la pequeña habitación, clara y desprovista de imágenes, el espejo fatigado refleja las aguas del Leteo.

La simétrica cruz de madera, suspendida en el alto respaldo de la cama, atrae la mirada y purifica de sándalo el ambiente.

En ella, extendido, busco en mi interior la perla de aguas profundas, visible a la pureza del niño y al corazón libre de esperanza.

Pensé en el río inteminable, paraje de la naturaleza humana y sustancia de los sueños.

La memoria se vuelve lenta y tiende al olvido, una especie de alivio; deshilvana, sin prisa y sin pausa, el hilo que sujeta esta vida.

Y la nave va. Pira y cuerpo encendidos, mansamente hacia su destino.

Regreso a uno mismo

Las dos fechas

Entre lo eterno y lo fugaz,
soy ese algo cifrado.
Nacimiento y muerte.
Las dos fechas.
Innumerables ojos revelan
el instante secreto.
El poder presente
en la mirada que está viva.

Como el ciervo almizclero,
medí en otros el aroma innato.
Migré buscando el paraíso.
Tan lejano de mí,
que en una aventura
concluyó el regreso.

Enriquecido he vuelto,
como en los versos del poeta,
a la raíz imperturbable.
Perfumado de mí mismo
y la visión del real espejo.
Ya no soy los otros.
Debo decir, somos sólo uno
en el corazón del universo.

Psijí

En mi niñez perseguía mariposas con ramas largas y verdes, coronadas de flores violáceas. Un frasco de vidrio impedía su destino.

Cierta vez, mi madre dijo que las mariposas eran almas que visitaban este mundo, evocando el lugar en el que habían recreado el juego de los días.

Al nombrarlas utilizó la palabra *psijí*, manifestación de la fugaz naturaleza humana.

En las sucesivas transformaciones, la crisálida emerge de su oro hacia la ilusión denominada vida. Detrás de la doble moneda esa otra ilusión, la muerte.

Al exhalar el soplo último, el espíritu abandona el cuerpo. *Esa cosa liviana, alada y sagrada*, busca el umbral.

Las Moiras¹⁷ observan la inmortalidad del alma extendida en la rueda del tiempo, que las Horas¹⁸ rigen en su afán; el barquero aguarda en la barca el óbolo que decide el destino.

Entre las dos fechas asignadas puede acontecer el verdadero viaje. El viaje de regreso a uno mismo; donde la felicidad, a nadie negada, espera ser descubierta. Del débil, del ignorante, del impuro es el anhelo ¿Quién será consumido en la llama de la pasión?

Permanente como el amor, el cielo nos preserva.

El ave del paraíso preside la escena. En sus plumas, los ojos custodian.

¹⁷ Moiras: en la mitología griega, las tres diosas que determinaban la vida humana y el destino. Cloto (la Hilandera hila el hilo de la vida), Láquesis (la Distribuidora de Suertes), decidía su duración y asignaba a cada persona su destino y Átropo (la Inexorable), llevaba las temibles tijeras que cortaban el hilo de la vida en el momento apropiado.

¹⁸ Las Horas: al principio eran divinidades de las estaciones. Luego fueron la personificación de las horas del día. Eunomia (Disciplina), Diké (Justicia) e Irini (Paz).

Eléutheron

“Una es la raza de los dioses y de los hombres; de una sola madre obtenemos ambos nuestro aliento”.

PÍNDARO

La hojarasca abarcó el sitio de la piedra ungida, donde Plutarco interpretaba los augurios de las Pitias y el pensamiento de Píndaro se expandía sobre la dignidad y la fragilidad humana, derramando esa nota trágica sobre vastas generaciones.

Tener conciencia de la dignidad de ser hombre infunde tal intensidad que nace la palabra *eléutheron*.

El sol, manifestación de la vida, estalló de belleza, bautizando a todos los que descuidadamente estábamos expuestos a él.

Al irse proyectó su sombra en el lento silencio del ocaso. Instante en el cual ni el pensamiento más dulce consuela. Ni el rojo cadmio, ni el rojo de Creta.

Persiste la esperanza de revivir ese algo real e inexplicable que nos completó en su presencia tal cual somos. El renovado mensaje: tratar de no ser más humanos espiritualmente ni menos humanos físicamente. Aceptar el hecho de que somos criaturas conscientes de la libertad de Ser.

Abrazar la Vida

En el paseo del bosque, la claridad del día alumbra el mármol pentélico del recinto arqueológico.

Detrás de las rejas que cercan el ágora, aves del paraíso y gatos conviven en paz.

Uno de ellos, blanco níveo y gris pálido el color de los ojos, me miró confiado y en quietud eterna, provocando un instante de poesía.

Todo se vuelve sobrio, simple y verdadero.

El amor así derramado es el placer del edén personal.

Escribo solo para recordar, una y otra vez, que el sentido de la existencia no puede expresarse con palabras.

“Lo más precioso que hay, esta vida, está avanzando delante de ti: abrázala”.¹⁹

¹⁹ Prem Rawat.

Afecto al Conocimiento

Cada mañana, al despertar, te invoco Aliento.

Dejo lo inconsciente en el reino de la noche y ruego permanecer despierto a mi Dios.

Transito la casa de una habitación a otra detrás del hábito adquirido. Perfumo mis manos y voy al encuentro de quien me habita, como quien se entrega al auténtico amor.

Otro es el paisaje. Se entra en sí mismo con una apertura feliz. Para ello debe uno reclinarse y solicitar audiencia. Atravesar con la espada del Santo Nombre la oscura noche –jungla de pensamientos– y eludir al demonio superior, la mente que distrae.

Internarse en territorios sagrados, el intento de los santos, donde el corazón es tocado.

Luego, sí; lluvia de diamantes. El sitio donde el ser humano se redescubre a sí mismo. El preciso lugar en que se comunica el alma con el cuerpo. Lo eterno y lo efímero, se unen.

Tu presencia arde en mí. Tú eres mi respirar.

Aún sin verte, te veo.

Abro los ojos y contemplo otro sol. El que ilumina las glicinas del jardín y torna en dorado el apacible sueño del gato.

Un nuevo día

Es la hora de *Asterión*²⁰. Inmóvil en el regazo del universo percibo el vuelo nocturno de las almas, que apacibles regresan a las praderas cubiertas de asfódelos, las flores blancas teñidas de malva, amadas por Homero.

En la culminación del éxodo, una de ellas tal vez, suspendida en el recuerdo de la breve felicidad, destina el tiempo que se agota a la duda.

Mis pasos se orientan hacia el mar habitado por espíritus que vuelven bajo otros astros y esta luna.

No quedan mensajes que descifrar. Lo invisible se torna visible.

En el pasado ha quedado todo lo que fue mío. Son múltiples y vanas las cosas aplazadas. Sólo el hoy no lo está.

Prosigo en el oasis inviolable del presente. Sin dudas, sin culpas y sin miedos. Libre del peso de los otros y libre de mí mismo.

Emprendo la ventura de un nuevo día. La magia viene conmigo, en total quietud, como la quietud del Ser que nada impide su inagotable esplendor.

²⁰ *Asterión*: en griego, "el cielo estrellado".

Índice

Palabras preliminares	7
Dedicatoria	9

SOL SIN OCASO

Despoula Arfanis	13
La mariposa amarilla	17
Un sueño	19
Las amapolas de Stavros	21
Mensajero de la niebla	23
Éxodo	25
Logos	27
La ilusión	29

LA VUELTA A LOS MONASTERIOS

El mensaje	33
El sabor de Píndaro	35
Soy agua. Gota. Océano	37
Llovizna sobre el rojo	39
Megalo Metéoro	41
Inscripción	43
El legítimo huésped	45
Un cielo accesible	47
Éxodo 3:14	49
Un cielo blanco	51

LOS QUE AMAN

El silencio.....	55
Amantes efímeros	57
El viento que sopla dentro de ti.....	59
El río del olvido.....	61

REGRESO A UNO MISMO

Las dos fechas	65
Psijí	67
Eléutheron	69
Abrazar la Vida.....	71
Afecto al Conocimiento	73
Un nuevo día.....	75

**Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Mayo de 2012**

“**E**l viaje de los días es un libro espléndido. Musical, no sólo en la dicción sino –lo que es mucho más difícil de lograr– en cuanto al sentido. Es armonioso, variado, como las formas y colores que uno ve durante un viaje y que se prenden a los sentidos para siempre. Tiene mucho del espíritu de Kazantzakis y esta es una buena lección: muy griega, es decir, apasionada. Pero de un sabor austero, como la voz de los hombres cretenses. Y, a la vez, es fresca y liviana como el vuelo de las mariposas de la Grecia continental que llevás en la sangre. La página inicial sobre tu padre es bellísima y era necesaria para vos, seguramente, pero también para tus lectores, que queríamos saber algo de él en *Cartas griegas*, tu libro anterior”.

RAFAEL FELIPE OTERIÑO

Miembro de la Academia Argentina de Letras

ISBN 978-987-02-5821-6



9 789870 258216